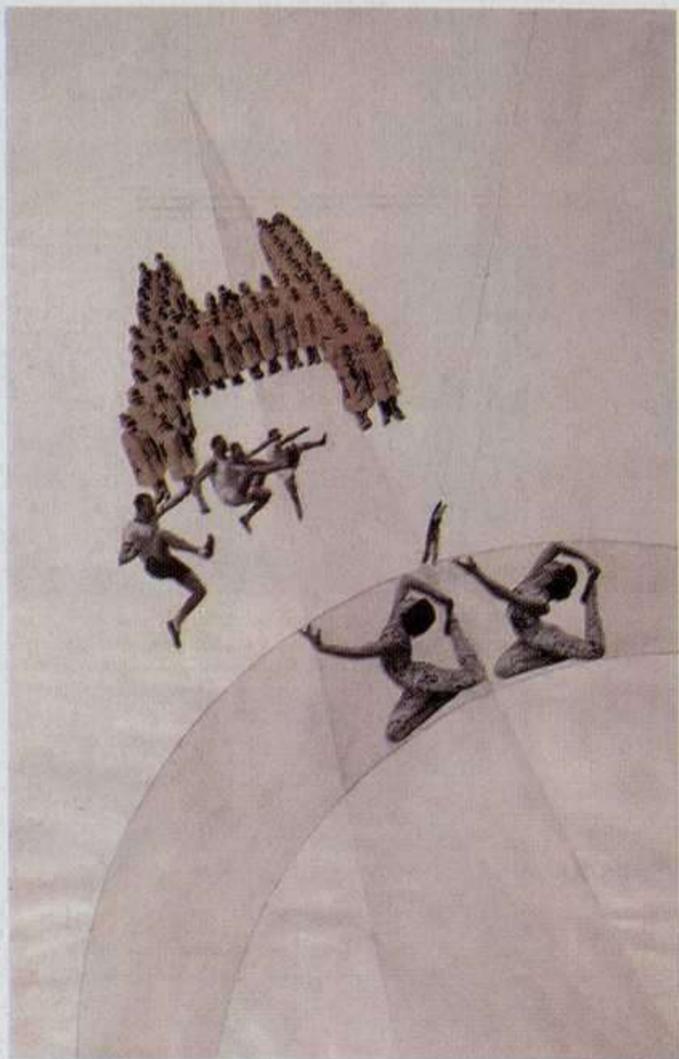




# Tierra



Lázlo Moholy-Nagy  
*El sueño de los pensionistas*  
1925



Nicolás de Lekuona *s/t*  
1934

**ESTADIO**  
Concha Méndez

A Norah Borges

Morena de luna vengo,  
teñida de yodo y sal.  
Allá quedó el mar de plata,  
sus barcas y su arenal.

En el Estadio me entreno  
al disco y la jabalina.  
Al verme jugar, sonrían  
las aguas de la piscina.

Y el viento —gran volador—  
sale a la noche vestido  
de teniente aviador.  
En las sienes se me clavan  
latidos de su motor...

¡Yo quisiera, ay, que bajaran  
al Estadio las estrellas  
con discos y jabalinas,  
y poder jugar con ellas!

De *Canciones de mar y tierra*, 1930

*RITMO DE GIMNASIA Y SOL*

José María Souvirón

Alba clara, mañana  
brisa recién nacida en giro agudo  
alza las faldas castas  
—doncellas matinales, friso justo  
hasta las altas capas  
donde danzan las líneas y los puntos.  
Ámbar, sal, blancas tramas.  
Amanecer. Momentos absolutos.

Este leve celeste  
que pone los reflejos desvaídos  
ternes esquejes cede  
de plantas y secretos submarinos  
que Selene decrece  
cuánto más torna el negro en azulino.  
Extreme desde el verde  
el corazón del mar, medio dormido.

De *Ritmo de gimnasia y sol*, 1932



## JABALINA

Dionisio Ridruejo

Haces ballesta de la carne, acaso  
un instante de mármol, y encabritas  
la serena impaciencia con que citas  
al cielo a la amenaza de tu paso.

La fuerza libra el ímpetu. Pegaso  
en síntesis de vuelo. Casi gritas  
y se te rinde el horizonte. Evitas  
después la sangre dócil del ocaso.

Pulso del hombre al fin, al fin su guerra  
te gana; y, derrotada y vencedora,  
te clavas tensa, diagonal, vibrante,

buscando los abismos de la tierra  
y haciendo palpitar —¡oh, cazadora!  
un torso de leona en su semblante.

De *Sonetos*, 1942

## PÉRTIGA

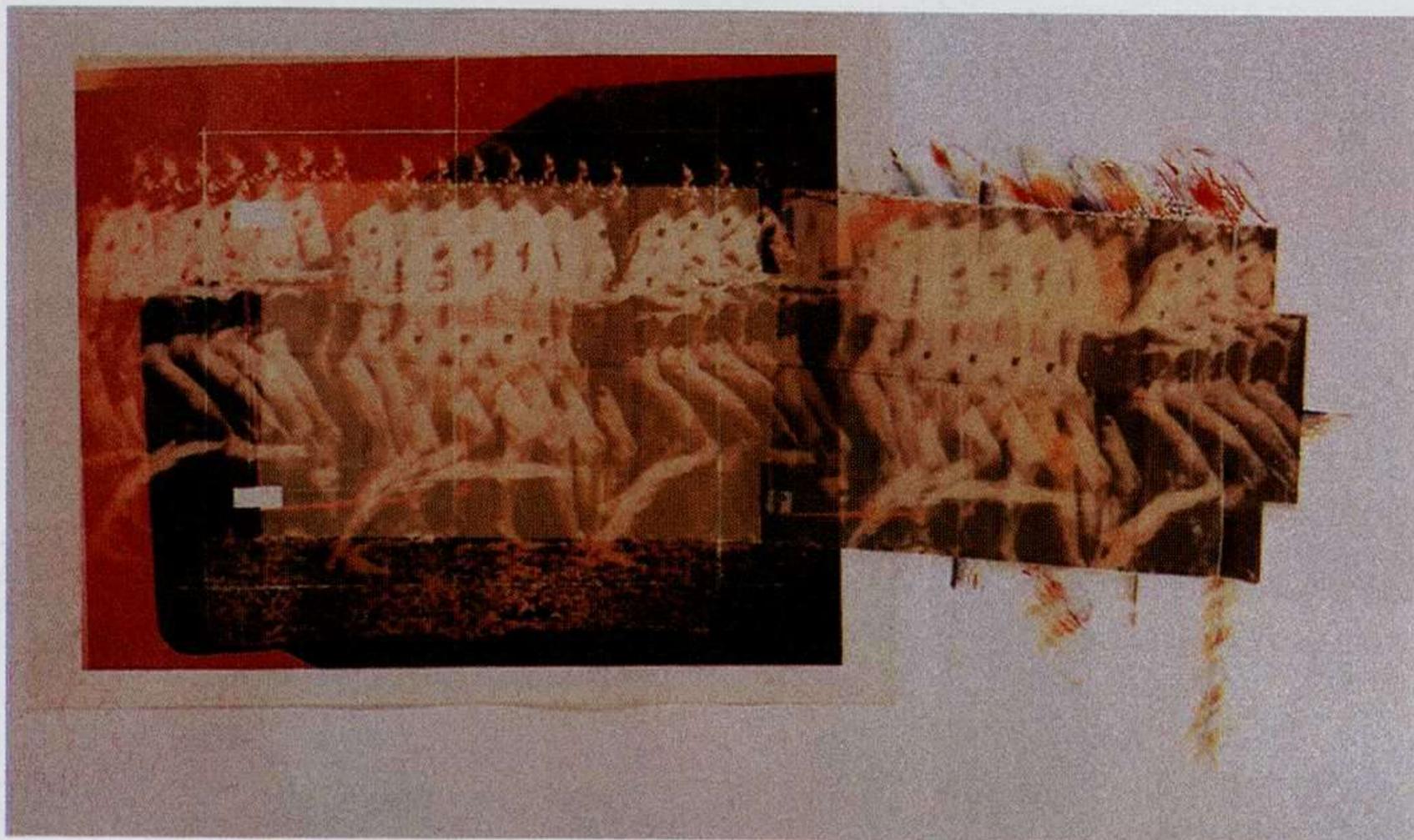
Juan Becerril

Ágil caña de vértigo, felino,  
por el aire marcial descoyuntada;  
banderola viril y desplegada  
sobre Stadium en mar grecolatino.

Es tuya la canción. El vellocino  
para ti, del avión enamorada.  
Mástil de golondrina planeada  
con la victoria de tu remolino.

Irónica del canon invisible  
como el tiro, la luz y la pelota,  
tu médula en tensión hace posible  
las lámparas pisanas en derrota.  
Taumaturgia final, sueño tangible:  
la gravedad vencida. Sucia. Y rota.

De *Decathlon: Poesía del deporte*, 1945



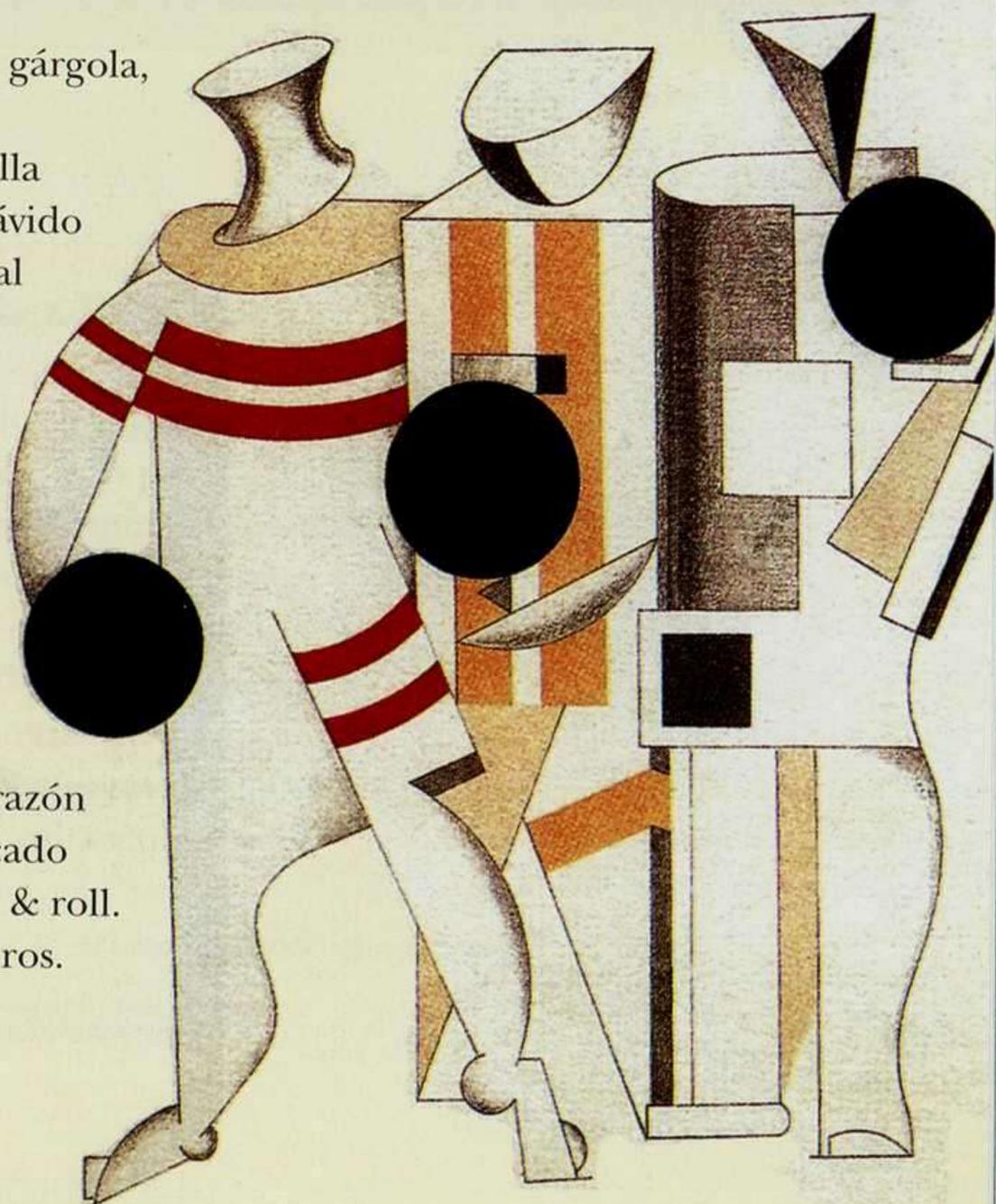
Paolo Gioli *El hombre de Eakins* 1982

## **EL ATLETA**

**Rafael Ramírez Escoto**

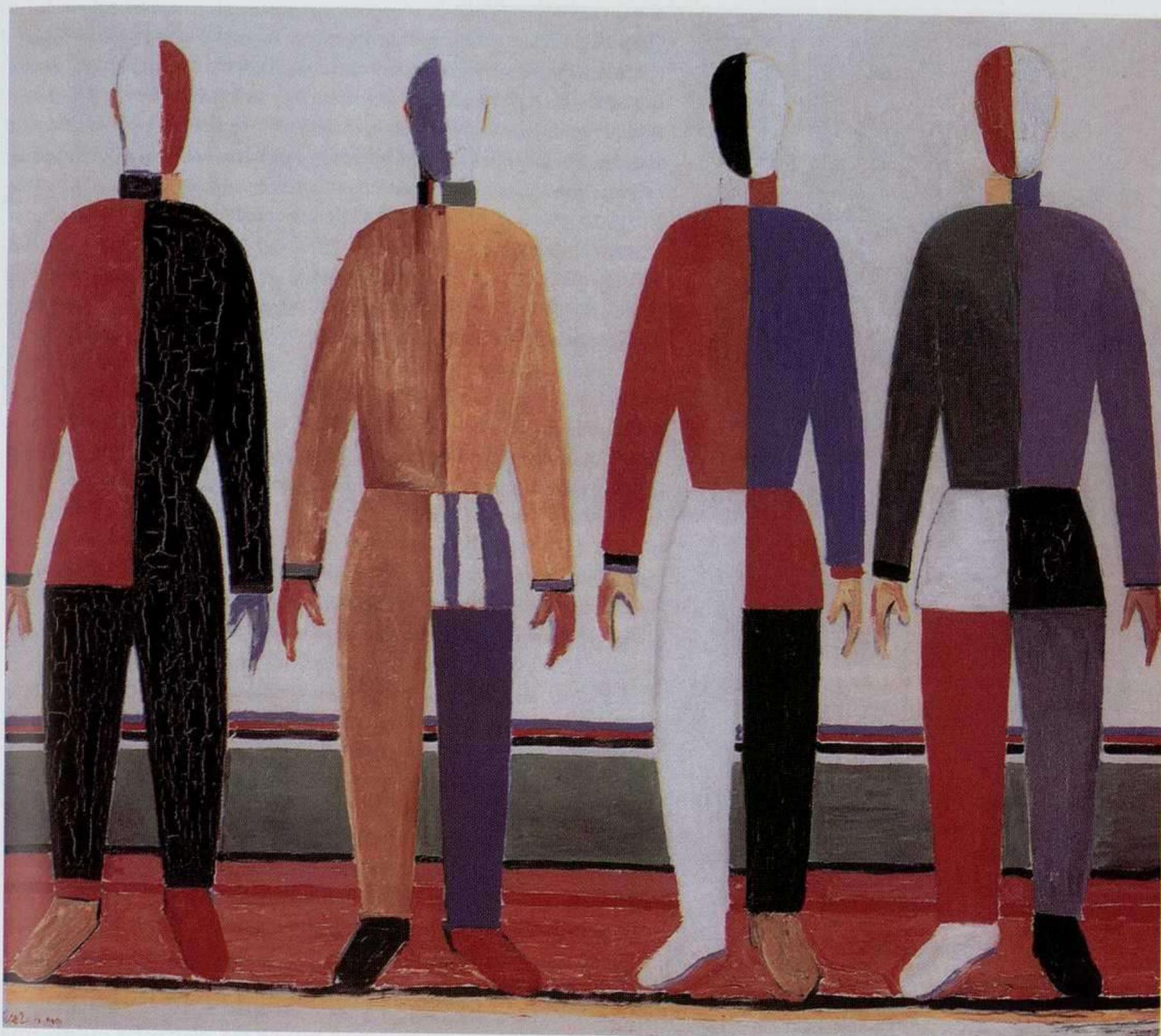
Traspasa los umbrales del olímpico estadio cuando el público aclama al veloz campeón y los flashes palpitan en torno a la silueta titánica y alada buscando el orgulloso ademán que decore con grandes titulares, en las primeras páginas, el triunfo de la fuerza; la soberbia instantánea que exhiba la victoria. Mientras los altavoces del coliseo rugen anunciando la nueva mejor marca mundial y los televisores repiten incesantes las nítidas imágenes de la llegada a meta y los comentaristas aúllan enloquecidos para todo el orbe, desde vía satélite, la condición magnífica y el deportivo espíritu que ha posibilitado semejante proeza y el eterno oro aguarda y la bandera alzándose, primera entre otras dos, y el gesto emocionado que captan, en primer plano, infinitas cámaras y el humo de la antorcha y el vuelo de palomas coronan sobre el cielo al vencedor solemne; él traspasa el umbral de la sombría arena y apenas se apercibe del denso griterío que las gradas derraman como sangre de gárgola, ni sus ojos divisan la pista roja, el verde césped, el electrónico marcador, la pantalla gigantesca de vídeo por donde flota ingrávido el ganador como una proyección espectral venida para hacerle recordar su derrota. Él sólo oye el silencio del miedo a caer muerto en su aislamiento cíclico de un pie tras otro pie cuando por un segundo transcurren los recuerdos de toda su existencia desmembrada en secuencias más raudas que los propios golpes del corazón en la sien como golpes de un ritmo dislocado que interpretase una ebria banda de rock & roll. Supura una tormenta de sudor por los poros.

El Lissitzky *Deportistas* 1923



Babea la saliva, los músculos exprime  
en busca de un impulso que le arranque el temor,  
su inconfesable afán por llegar a la meta.  
Cerca del estertor su vulcánico aliento  
arremete contra esa niebla que lo enceguece.  
Y siendo ya una llaga de obtusos movimientos,  
más alto que la llama olímpica pervive  
su coraje, su entrega a la maratoniana  
carrera por la que ha soñado tanto tiempo.  
Y el sueño no era el triunfo, ni los laureles célebres,  
aunque exhausto, cumplir con su feroz destino  
como en plena borrasca aún vuela una saeta.  
Y tal vez cuando caiga, una vez que la línea  
final haya febril su cuerpo franqueado,  
en brazos de enfermeros, los chicos de la prensa  
acudan en manada para fotografiarlo.

De *Tóxico*



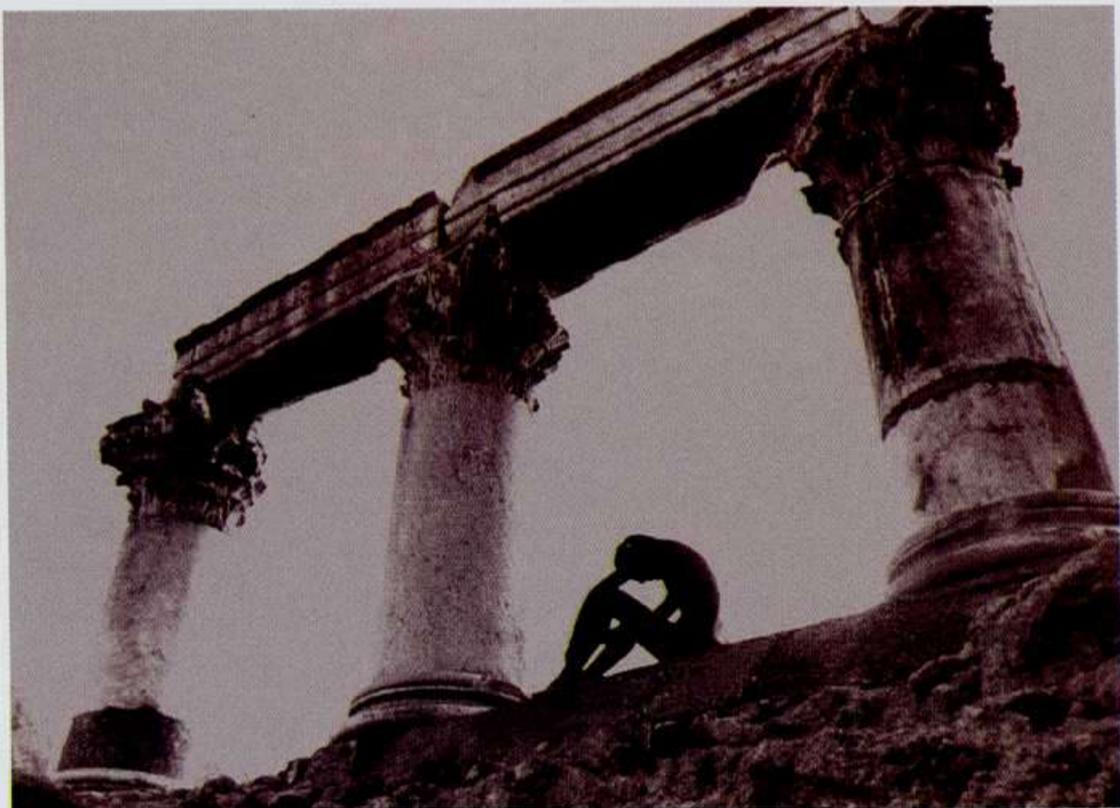
Kasimir Malevich *Deportistas* 1929

**TANTO DEPORTE CANSA**  
**Alfonso Sánchez Rodríguez**

Después de tus dos horas al piano,  
el resto de la tarde te lo pasas  
haciendo, Gala, abdominales, pesas,  
o a lomos de una bicicleta estática.

Y cuando dejas el gimnasio y vienes  
hacia Reding, camino de mi casa,  
casi siempre estás muerta de cansancio,  
sin fuerzas para deshacer mi cama.

De *El bosque inevitable*, Málaga, 2002



Luis Ontoso  
*Olimpia 1957*

## deportes

francisco bejarano

Mi encuentro con el deporte como actividad medio circense no pudo ser más desafortunada. Fue en mis años de bachillerato. Yo, que nunca fui torpe y que me pasaba los días corriendo y montando en bicicleta, me sentí aterrado cuando se trató de saltar el potro y el plinto. En un examen, y ante la perspectiva de no superar esa “asignatura”, me lancé de manera ciega hacia aquellos infernales aparatos, para que se viera al menos mi voluntad de saltarlos y para que mis jueces pudieran apreciar y tener en cuenta mi angustia y mi impotencia ante aquella aventura. El resultado fue una caída espectacular, las risas de mis compañeros, un suspenso y la consiguiente molesta situación familiar por ello. A partir de entonces me negué en redondo a prestarme a aquel peligroso disparate.

—Pues no podrás hacer bachillerato— me decían.

—Pues, no lo hago.

No sé por qué conexión familiar se me dispensó o se me aprobó por las buenas, no lo recuerdo, dispuesto como estaba a no saltar. Pero siempre sentí admiración por los que lo hacían y estaba convencido de las cualidades beneficiosas y terapéuticas del deporte. Y seguí pensándolo durante años. Hasta que la reflexión, la curiosidad por entender un fenómeno de masas, mi afán por analizarlo todo, la experiencia, en suma, y las pequeñas sabidurías que se alcanzan viviendo, me convencieron de que no era así.

No me refiero, naturalmente, a todos los deportes. Hay excepciones, aunque no demasiadas. Se salvarían aquellos que, no siendo de competi-

ción, se acercan a una actividad civilizada *normal*, como puede ser, entre los pocos, la caza.

El haber presenciado algunas de las pruebas de los recién terminados Juegos Olímpicos —por razones extradeportivas, como el más avisado comprenderá— me ha reafirmado en mi creencia de que el deporte es perjudicial para la salud del cuerpo, y el de competición lo es de manera especial para la salud de la mente. Por lo tanto lo de «*mens sana in corpore sano*» nada tiene que ver con el esfuerzo de ganar una medalla por una décima de segundo.

Después de contemplar al equipo femenino español de gimnasia, unas pobres niñas a las que el hambre y los retorcimientos musculares les han puesto caras de pájaro y piernas de avestruz; o las caras hombrunas de algunas correosas corredoras; o los enanos deformes levantadores de pesas; o la imagen lastimosa de las participantes en la marathón, famélicas y enratadas, o el gruñido, antiestético y antinatural, del lanzador de pesas; uno no puede pensar que esas brutalidades pueden ser buenas.

El deporte de competición es una ordinariez y, como tal, necesita de espectadores ingenuos, que lo mismo se enardecen por un milímetro en el salto con pértiga, que olvidan pronto y para siempre al que lo consiguió —hasta su nombre— para vociferar fuera de sí al atleta nuevo que supere ese milímetro con otro, para olvidarse poco después igualmente. Es una monotonía.

Se maltratan los cuerpos y las articulaciones; se somete a la gente, por lo general muy joven, a tensiones insoportables; aparecen, antes o después, la artrosis, la conciencia de fracaso cuando no se han

podido alcanzar metas cada vez más imposibles; surgen las crisis de identidad por los deformantes cambios físicos; se le inculca a una juventud con una mente en formación el valor del triunfo sobre cualquier otra consideración y se le deja, si lo consigue, todo el resto de su vida en el recuerdo de un logro tan fugaz como inútil. Y se dan casos tristes como el de la corredora que cambió de nombre porque cayó en una carrera, en la que participaba como favorita, para eludir la vergüenza.

Y, como decía, es una actividad inútil, no sirve para nada. No sé en qué supuestos se podrían utilizar los servicios de un corredor de obstáculos.

Pero nadie se alarme. Hay deporte para rato. Mientras se muevan cifras de vértigo a su alrededor; mientras la sociedad más ingenua, y, por tanto, los políticos, consideren el triunfo deportivo como un timbre de prestigio; mientras la publicidad y los fabricantes de prendas innecesarias para el deporte existan y haya canales de televisión con programas casi exclusivamente deportivos, se convencerá a la mayoría de que el deporte más irracional es sanísimo.

Os aseguro que, por más vueltas que le he dado para no escribir este artículo, no he encontrado más que cosas terribles y detestables en casi todos los deportes.

Pero no todo es malo en los deportes. Los hay civilizados que tienen siglos de práctica benefactora para mantenerse sanos y ágiles: pasear todos los días con la ropa adecuada en cada estación, sin modelitos ni perifollos deportivos, cuidar un pequeño jardín o claveles y geranios en las azoteas, ir de caza. Deportes, en fin, de damas y de caballeros.

De *La torre de marfil*



**LONGCHAMPS**

**Juan Larrea**

Trenzado del violín que nadie escucha  
El ruiseñor sin noche hace un nudo en mi ruta

Los ojos guardan el mar al fondo de la tienda  
y el pez que se ahogó en la brújula ártica  
Polvareda de losas sobre el otoño pesa  
Y de sus mástiles  
la mar desciende ilesa  
Arco iris sobre el hipódromo  
a un viaje te prefiero,  
y a ti y al jockey que conduce  
la lluvia entre sus brazos con el mayor esmero

De mi batuta en punta la humareda se aleja

Con todo no poseo las barbas de Moisés  
Pero a lo lejos miro  
la tierra que se tuerce y que forcejea.  
Tu pecho en que se esconde el último paisaje  
y el día que te sigue más leal que un tatuaje

Playa querida de las temporadas

De *Verso y Prosa*, 1928



Raoul Dufy *El elegante mundo de Epsom 1939*

***NO SE HICIERON PARA TI  
LOS CABALLOS***

**José Moreno Villa**

Ni las bridas ni los estribos.  
No sabes ni sabrás montar esa fuerza.  
Me río como si quisieras galopar sobre  
nubes  
o guiar las olas del mar.  
Jacinta, señálame tú mi empeño vano.  
Ríe tú de la montura imposible,  
ríe de mi desmaña  
en relación con la meta y el móvil.  
Y luego, Jacinta, luego,  
como sanos deportistas,  
—riámonos del descubrimiento.  
Seremos más fuertes  
al medir nuestras debilidades.

De *Jacinta la Pelirroja*, Málaga, 1929



Carlo Carrà *Persecución* 1914



Roy Lichtenstein 1984

## *EL SALTO*

**León Felipe**

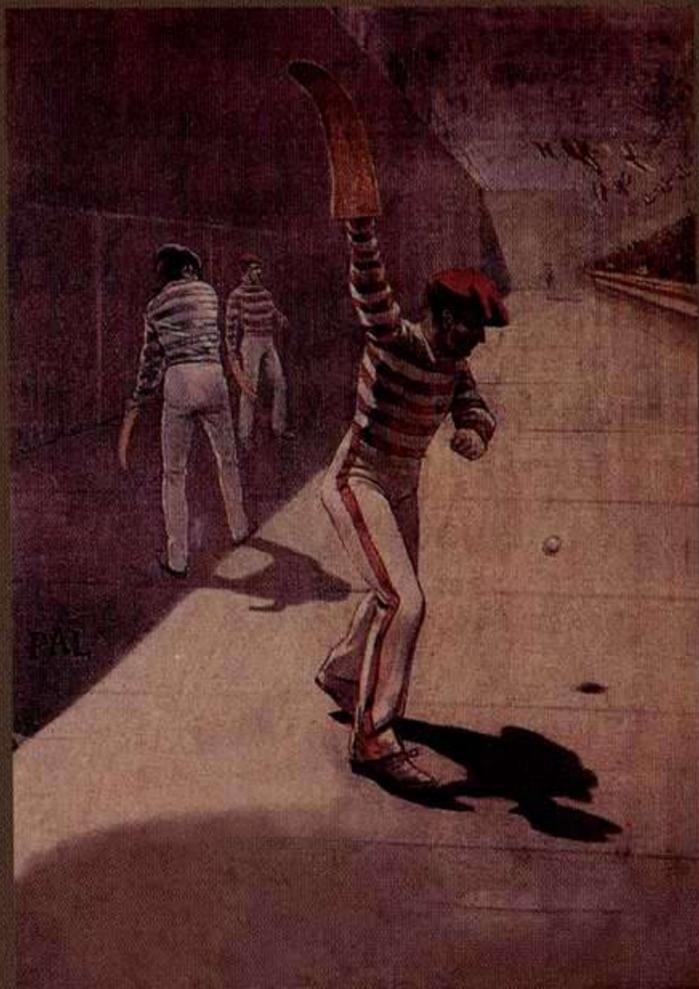
Somos como un caballo sin memoria,  
somos como un caballo  
que no se acuerda ya  
de la última valla que ha saltado.

Venimos corriendo y corriendo  
por una larga pista de siglos y de obstáculos.  
De vez en vez, la muerte...

¡el salto!,  
y nadie sabe cuántas  
veces hemos saltado  
para llegar aquí, ni cuántas saltaremos todavía  
para llegar a Dios que está sentado  
al final de la carrera...  
esperándonos.

Lloramos y corremos,  
caemos y giramos,  
—vamos de tumbo en tumba  
dando brincos y vueltas entre pañales y sudarios.

De *Ganarás la luz*, 1943



Pal 1900

## *CANTO A LOS JUEGOS VASCOS*

**Gabriel Celaya**

El brío no es la fuerza.  
¡Sasoya! Cuando falla la física energía,  
se sacan los arrestos de lo que sólo es alma.  
Real es lo imposible  
y luz transverberante la furia concentrada.  
Se paran los relojes que median el tiempo  
y fallan los sistemas de pesos y medidas.  
¡Sasoya! Es el milagro  
del alma que de pronto se hace fisiología.

Yo he visto a un aizkolari con las manos sangrantes  
y he visto que, aunque muerto, seguía: golpeando  
no sé con qué energía.

¡Sí, yo le he visto a Arriya!

Yo he oído el gran silencio del público expectante,  
y el corazón de todos pulsando la victoria,  
latente, concentrado,

sonando con lo claro de aquellos troncos secos  
que un ritmo iba golpeando.

¡Sasoya! Era el, milagro real cuando Echeveste  
tomaba aquella piedra tan cargada de siglos,  
la alzaba y la dejaba,

volvía a levantarla, parecía que sólo  
estaba respirando con un cósmico ritmo.

Natural, tan tranquilo,  
reía, se ensanchaba, miraba como un niño,  
tensaba sus dos brazos

y una vez, otra vez, mostraba lo inaudito.

Cantemos el gran ritmo del «aúpa» colectivo.  
Cantemos la tensión real con que sostiene  
el pueblo a su esforzado,  
y el unánime golpe del corazón pidiendo  
siempre más, mucho más, y así exigiendo, haciendo.  
Cantemos la alegría.

Cantemos la victoria del hombre sin medida  
que levanta un pasado de muerte y nos libera.  
Cantemos la energía que vence las tinieblas.

¡Sasoya! No es la fuerza corporal desatada.  
Tan física es el alma y universal el ritmo,  
que ciertas distinciones parecen sin sentido.  
Yo he visto la trainera de Orio en los buenos días,  
su patrón con la mano todavía en la estacha,  
los remeros doblados, tan tensos que, aún parada,  
vibraba la madera de aquella flecha alerta.

Yo he visto sus champas,  
aquel golpe de remos que a todos nos llevaba.

El ritmo lento y hondo, seguro, acompasado  
de una triunfal palada.  
Los pechos respirando la anchura de los mundos,  
y el corazón en alto,  
y un clamor en Igueldo, y en Urgull, y en el muelle,  
y todos los pesqueros tocando las sirenas  
al ver que, ya por puntas, ganaban por dos largos.  
Ganaban... ¿Qué ganaban?  
El orgullo de ser poderosos y sanos.

¡El ritmo, sólo el ritmo!  
El ritmo en nuestros cuerpos y el ritmo en los planetas.  
El ritmo en los pulmones que aspiran y que expiran,  
y en los cielos a vueltas.  
El ritmo en el esfuerzo y el ritmo en el descanso,  
y el ritmo del que baila la noble *espatadantza*  
y cada vez que salta, logra una nueva marca  
como el remero vasco que acompasa su esfuerzo,  
quizá tan sólo danza.

De *Rapsodia éuskara*, 1961



Robert Portefini 1973